

[www.alfaguara.com/co](http://www.alfaguara.com/co)  
Empleza a leer... El callejón de Cervantes

---

# El callejón de Cervantes

ALFAGUARA



Jaime Manrique

## El callejón de Cervantes

Traducción de Juan Fernando Merino

---

ALFAGUARA  


© 2011, Jaime Manrique  
© De la traducción: Juan Fernando Merino  
© De esta edición:  
2011, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.  
Carrera 11A N° 98-50, oficina 501  
Teléfono (571) 7 05 77 77  
Bogotá - Colombia

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.  
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,  
México, D.F. C. P. 03100
- Santillana Ediciones Generales, S. L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

ISBN: 978-958-758-317-5  
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*  
Primera edición en Colombia, noviembre de 2011

Diseño:  
Proyecto de Enric Satué

- © Imágenes de cubierta: *Miguel de Cervantes Saavedra*, Anónimo, Biblioteca Nacional, Madrid  
*Relieve que representa a don Quijote*, The Hispanic Society of  
America, Nueva York
- © Mapa de guardas: *Carta geográfica de los viajes de don Quijote y sitios de sus aventuras*,  
delineado por D. Antonio Rodríguez, Biblioteca Nacional, Madrid
- © Retrato del autor en la solapa: Stephanie Rose, óleo sobre lienzo, 2011

Diseño de cubierta: Ana Carulla

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser  
reproducida, ni en todo ni en parte,  
ni registrada en o transmitida por  
un sistema de recuperación  
de información, en ninguna forma  
ni por ningún medio, sea mecánico,  
fotoquímico, electrónico, magnético,  
electroóptico, por fotocopia,  
o cualquier otro, sin el permiso previo  
por escrito de la editorial.

*In memoriam.*  
*Bill Sullivan, pintor,*  
*compañero durante treinta y tres años,*  
*a quien este libro le debe tanto,*  
*con amor por siempre.*

---

*No quiero ser quien soy. La avara suerte  
me ha deparado el siglo diecisiete,  
el polvo y la rutina de Castilla,  
las cosas repetidas, la mañana  
que, prometiéndome el hoy, nos da la víspera.*

«Ni siquiera soy polvo», JORGE LUIS BORGES

*La gloria es una incomprensión y quizá la peor.*

«Pierre Menard, autor del Quijote», JORGE LUIS BORGES

---

## Nota al lector

*El callejón de Cervantes* es una novela sobre la vida de Miguel de Cervantes Saavedra y sobre la apropiación que Alonso Fernández de Avellaneda hizo de la parte primera del Quijote. Siguiendo con ese espíritu, mi novela se apropia de cuatro pasajes de *Don Quijote*, dos escenas de la pieza *Los baños de Argel*, una del entremés «El juez de los divorcios» y parafrasea el prólogo de *Novelas ejemplares*. Los lectores de *Don Quijote de la Mancha* y las otras obras podrán identificar los pasajes sin ninguna dificultad. Mis «préstamos» se eligieron para enfatizar varios aspectos autobiográficos de *El Quijote* de Cervantes. También se incluyen referencias a los grandes poetas del Siglo de Oro español y un homenaje a Shakespeare.

---

## Contenido

### Libro I

Capítulo 1	17
Capítulo 2	39
Capítulo 3	79
Capítulo 4	127
Capítulo 5	153

### Libro II

Capítulo 6	227
Capítulo 7	267
Capítulo 8	315
El final	349

---

## Libro I



---

## Capítulo I

### *El fugitivo*

1569

Amparado por un cielo sin luna y con las estrellas como única guía, cabalgaba por un sendero de La Mancha. Mientras galopaba por la oscura planicie la angustia se agitaba en mi pecho como una vela de barco que ondea en medio de la tormenta. Clavé las espuelas en el caballo y con el látigo fustigué sus ancas. Mi montura resoplaba; el martilleo de los cascos sobre el suelo guijarroso perforaba la quietud del campo manchego haciendo eco en mi cabeza con dolorosa intensidad. Con gritos de «*ale, ale*» incitaba a mi semental a que galopara más veloz, con la esperanza de distanciarme del alguacil y sus hombres.

La noche anterior había estado jugando una partida de cartas en la taberna El Andaluz. Antonio de Sigura, un ingeniero que había llegado a Madrid a construir caminos para la Corte, perdió rápidamente una gruesa suma de dinero. Yo estaba sintiendo los efectos del exceso de vino y la falta de comida y decidí dejar de jugar mientras aún estaba ganando. El ingeniero insistió en que siguiera jugando. Cuando me rehusé, dijo:

—¿Por qué será que no me sorprende, Miguel Cervantes? No se puede esperar una conducta honorable de aquellos que provienen de una estirpe deshonrosa.

Los hombres que estaban cerca rieron por lo bajo. Me levanté de la silla, la arrojé al suelo, le di un puntapié a una pata de la mesa y exigí una explicación.

Antonio de Sigura gritó:

—Lo que quiero decir es que su padre es un apestoso judío y un exconvicto, y su hermana es una puta.

Agarré una garrafa, la estrellé contra la cabeza de De Sigura y volteé la mesa. Cuando vi el rostro del ingeniero

lavado en vino y sangre sentí que iba a evacuar mis intestinos por entre los pantalones. Me quedé de pie frente a él, temblando, aguardando el próximo movimiento de De Sigura. Con un pañuelo se limpió el líquido de los ojos y en seguida sacó su pistola. Dado que yo era un plebeyo no se me permitía llevar espada. Mi amigo Luis Lara sacó la suya en un abrir y cerrar de ojos y me la ofreció. Mientras De Sigura me apuntaba me abalancé sobre él y hundí la punta de la espada de Luis en el hombro derecho del ingeniero. Cayó de rodillas con la punta de la espada aún saliendo por detrás del hombro y goteando un rojo escarlata. Abrió su boca en forma de una enorme O. Cuando empezaba a caer de bruces, extraje la espada y la arrojé al suelo. La rapidez con que se había desencadenado la violencia me dejó aturdido. Lo siguiente que escuché fue la conmoción que se produjo en el recinto mientras muchos de los clientes huían desparvoridos de la taberna gritando:

—¡Corran, corran antes de que llegue el alguacil!

En medio de la confusión, con el vino circulando a toda velocidad por mi cerebro, escapé de la taberna y me lancé a correr por las oscuras calles de Madrid como si una jauría de sabuesos hambrientos me siguiera el rastro. Alcanzaba a comprender que ese acto precipitado había cambiado mi vida para siempre: mi sueño de convertirme en un poeta de la Corte pasaba a ser una quimera.

La mañana siguiente, a la casa de los amigos en la que me escondía me llegaron noticias de la sentencia promulgada por las autoridades: perdería la mano derecha y sería desterrado del Reino por diez años. Ambos castigos eran inaceptables para mí. Pero si me quedaba en Madrid sería sólo cuestión de tiempo antes de que fuese denunciado, arrestado y terminase lisiado para siempre. Le envié razón a mi mejor amigo, Luis Lara, acerca del apuro en el que estaba y le pedí un préstamo para poder escapar de España. Esa misma tarde su sirviente personal vino a traerme una voluminosa bolsa de cuero.

---

—Mi amo dice que esto es un regalo, don Miguel —me dijo mientras yo contaba los sesenta escudos de oro—. Dice que usted tiene que salir de España y no regresar en mucho tiempo.

Esa misma noche me escabullí de Madrid por calles oscuras y poco transitadas. Escapar de Madrid después de haber caído en desgracia era el peor de los castigos pues, no volvería a ver a mi amada Mercedes por mucho tiempo. No podía imaginar que alguna vez me recuperaría de esta cruel separación de mi primer amor. Estaba seguro de que el amor nunca volvería a ser tan puro y que lamentaría la pérdida de Mercedes el resto de mi vida. Tuve la certeza de que sin importar qué tan lejos de casa terminara o cuántos años viviera, no encontraría a otra mujer como Mercedes, que reunía la belleza, la modestia y la inteligencia en una sola persona. La siguiente vez que la viera, si es que había una siguiente vez, estaba seguro de que ya sería una mujer casada.

Mi plan era unirme a la compañía de actores y prestidigitadores de Maese Pedro en las afueras de Tembleque, en La Mancha, y seguir con ellos hacia el sur, hasta llegar a Sevilla, donde me escondería hasta que pudiera abordar un navío con rumbo a tierras extranjeras. Una vez fuera del país apelaría la sentencia y esperaría a salvo de las autoridades hasta ser perdonado o hasta que el incidente fuese olvidado. Había conocido a Maese Pedro cuando tenía siete años y vivía en Córdoba. Cada año a finales de la primavera la compañía llegaba a la ciudad y montaba su campamento en el exterior de las murallas.

Desde que era niño había anhelado viajar al extranjero, pero esta precipitada fuga no era precisamente como había imaginado el inicio de mis recorridos. No obstante, la sola idea de perder bajo el filo de la inclemente ley la misma mano que empleaba para componer mis versos, la mano con la que empuñaba la espada y acariciaba el rostro de Mercedes, resultaba insoportable. Manco, forzado a pedir limos-

na, me vi a mí mismo agonizando en suelo extranjero, igual que los viejos y famélicos esclavos que vagaban por los caminos de España, aquellos a quienes les era concedida la libertad cuando ya no podían llevar a cabo trabajos duros. Estos pensamientos agregaban ímpetu a mi desesperación por abandonar suelo español. *Prefiero degollarme antes que vivir como un inútil*, me decía mientras huía de Madrid.

Yo había estado en el camino prácticamente toda mi vida. La mala cabeza para los negocios de mi padre había forzado a nuestra familia a estar siempre de aquí para allá, arrastrando nuestras patéticas posesiones, escapando de los acreedores y de la inminente amenaza de prisión. Muy temprano en la vida aprendí que era sólo cuestión de tiempo el día en que tendría que despedirme de los profesores preferidos, de los amigos que había hecho en cada sitio, de las calles y plazas que frecuentaba, de las casas a las que llamaba hogar, por el momento. Nuestro verdadero hogar era una carretilla tirada por una mula en la cual viajábamos de ciudad en pueblo en ciudad. Habíamos vivido en tantos lugares que a duras penas podía recordar sus nombres: Alcalá de Henares, mi ciudad natal; Valladolid, de la cual nos marchamos cuando yo tenía seis años; los siguientes diez años en Córdoba; unos cuantos y gloriosos años en Sevilla, que mi familia debió abandonar tras haber caído en desgracia y regresar a Castilla y a Madrid.

Aquella primera noche como fugitivo recordé a mi madre refunfuñando en los momentos en los que ya no era capaz de contener la frustración que le causaba nuestra vida ambulante:

—No somos mejores que esas bandas de gitanos que viajan por los caminos de España —decía—. Mis hijos se están educando como ladrones y mis hijas como libertinas. Tu padre sólo dejará de perseguir el arco iris cuando ya sus huesos sean polvo sobre la tierra.

Me consolaba pensando que ser un poeta en España a menudo equivalía a ser un prófugo. Me había convertido

---

en lo que fueron muchos de nuestros poetas: un exiliado, como mi idolatrado Garcilaso de la Vega. Quizás mi destino se parecería al de Gutiérrez de Cetina, quien había muerto de forma violenta en México; o tal vez terminaría como fray Luis de León, quien languideció por muchos años en una cárcel en Valladolid. O seguiría los pasos de Francisco de Aldana, muerto en África combatiendo con el ejército del rey portugués don Sebastián. Quizás en otro país, menos injusto, en un lugar en el cual un joven pobre pero talentoso tuviese una oportunidad real de avanzar en la vida, las cosas podrían ser diferentes para mí. Lejos de la rígida sociedad española y de sus convencionalismos huecos, pomposos e hipócritas, tal vez podría llegar a ser alguien. Estaba convencido de que había grandeza en mí. Y a esta convicción nadie le podría dar muerte, ni siquiera el todopoderoso rey de España.

Si quería convertirme en el dueño de mi propio destino y elegir un camino hacia el futuro, mis dos únicas opciones eran la fama como poeta o la gloria como soldado. Convertirme en el más famoso poeta y guerrero de mis tiempos: ¡Ésa sí que era una meta loable! Otro sueño largamente acariciado era convertirme en un dramaturgo celebrado como Lope de Rueda. Antes que nada, sin embargo, debía asegurarme de que no me atraparan y salir de España con la mano derecha todavía pegada al brazo, de tal forma que pudiera regresar cubierto de riquezas y honores. Porque un destino glorioso me aguardaba, de eso estaba seguro.

Arribé a Tembleque al amanecer; la compañía de Maese Pedro, reunida en la plaza principal, se alistaba para emprender viaje al sur.

—Me arrojo a sus pies y pongo mi vida en sus manos, Maese Pedro —dije en el momento de ser llevado a su presencia. Luego le expliqué a mi viejo amigo por qué me encontraba en peligro de perder mi mano derecha a menos que huyese de España.

—No hay nada más que decir, Miguel —respondió Maese Pedro—. Eres casi de la familia. Pero —y se